

PEDRO POVEDA EDUCADOR:

VIGENCIA DE UNA PROPUESTA PARA TIEMPOS DE CAMBIOS

ARÁNZAZU AGUADO ARRESE
Directora de la Institución Teresiana
Presidenta del Congreso

Agradezco muy sinceramente en nombre de la Institución Teresiana la presencia de quienes han acudido a esta convocatoria. De modo especial a las entidades patrocinadoras y colaboradoras que han hecho posible este acontecimiento, y a las que han dado su apoyo de diversas formas.

Muchas voces se han levantado para diagnosticar el momento presente y sus reclamos a la educación. Informes de instituciones de prestigio han señalado dirección y horizontes en los ámbitos locales y en el ámbito internacional. Algunos muy recientemente y con indudable acierto.

Por ello, hacer un espacio a la reflexión sobre la cuestión educativa no significa un hecho aislado. Este Congreso se suma, entra, por así decir, en el foro de las preocupaciones educativas, de las preocupaciones humanas, en el que nos encontramos tantas personas, grupos, esfuerzos y búsquedas en el casi inicio de un nuevo milenio.

Los cien años de acción socioeducativa de Pedro Poveda, que este Congreso celebra con satisfacción y responsabilidad, nos hablan ciertamente de una siembra fecunda, en ideas y acciones, al modo como en él se daba esta unión: la más admirable coherencia. Una siembra que podemos calificar de valiosa *iniciativa*, porque nos habla en su origen y en su desarrollo de la capacidad de propuesta y de una visible fecundidad, más allá de las dificultades que acompañan en todo caso el alumbramiento de una iniciativa. Hoy, con perspectivas actuales, podemos reconocer en ella una iniciativa pedagógica con probadas posibilidades de incidencia en nuestras sociedades multiculturales.

Mirar a Pedro Poveda educador es acoger, pues, la vigencia actual de un pensamiento y una acción. Nos interesa sin duda reconocer cómo ha sido visto en los distintos momentos del siglo transcurrido.

Pero no menos nos interesa apreciar cómo se refleja y realiza en las distintas culturas y contextos hoy.

Se trata de una vigencia que trasciende el ámbito español y europeo en que inició su desarrollo justamente con el comienzo del siglo. Explicable esta vigencia por el carácter universal de sus ideas y por su capacidad de abrir brechas sobrepasando fronteras de distintos tipos.

Ciertamente en el caso de Pedro Poveda, es preciso y precioso insertar ya de entrada su aportación pedagógica en el conjunto de su figura en el ámbito cultural y en la comprensión de su contribución a la historia de la humanidad y de la Iglesia en los años que marcaron el cambio de siglo y el primer tercio del que ahora concluye.

Pedro Poveda, el beato Pedro Poveda, ocupa un lugar evidente en la *historia de los procesos formativos*. Con ellos se comprometió con su propia actividad, escribiendo incansablemente, creando instituciones y

ofreciendo su colaboración a cuantas iniciativas condujeran a remediar situaciones y a proponer proyectos. La educación de las clases populares, la asociación profesional de los maestros y su promoción social, la actualización pedagógica del profesorado -preocupaciones fundamentales de Poveda-, así como sus realizaciones en el campo social y educativo, dan testimonio de su espíritu abierto y propositivo y del puesto que le corresponde ocupar en las búsquedas y logros pedagógicos del siglo XX.

Su pensamiento se ha desarrollado en una secuencia de *afirmaciones articuladas acerca de la educación*, que en su conjunto encierran un auténtico humanismo y que siempre encontraremos unidas a la experiencia concreta, a la prueba de la verdad que son los hechos mismos y a la pervivencia de sus ideas en incontables educadores de ayer y de hoy. Siempre hallaremos en las expresiones del estilo povedano de educar la referencia a los principios de una educación personalizadora, inclusiva, abierta, multicultural, comunicativa, anclada en valores cristianos, comprometida con el proceso de crecimiento humano de todos los que intervienen en el mismo, y de transformación social. En definitiva, líneas que considera indispensables para la realización humana.

Cuando miramos hoy la trayectoria seguida por la iniciativa povedana en materia de educación, nos encontramos, pues, con realizaciones concretas que han dado y dan actualmente forma a aquella propuesta que se fue desarrollando a lo largo de los años y que ha ido adquiriendo la fisonomía propia de los diversos tiempos y lugares.

Junto a las realizaciones iniciales al servicio de la formación y la mutua colaboración de los maestros en el ámbito español, afán que no se ha interrumpido hasta nuestros días, hay que mencionar *el despliegue de su obra y de su pensamiento* en América, en Asia, en África y en un significativo número de países europeos. Hoy pueden apreciarse redes educativas diversas de alcance internacional que atienden el ámbito universitario, la promoción de programas de desarrollo, la escuela en los diversos niveles, la formación de la mujer, los Centros de capacitación docente, la promoción de publicaciones, fruto casi siempre de una paciente tarea investigadora, etc. En conjunto, un amplio panorama de esfuerzos y colaboraciones.

Algunos impulsos de innovación han tenido especial repercusión en los ambientes pedagógicos como el desarrollado en las recientes décadas en torno a la *educación personalizada*.

Hoy hemos de contar también con una multiplicidad de iniciativas de índole extraescolar, que suponen esfuerzos valiosos para acoger *situaciones educativas nuevas* en determinados espacios sociales.

Y quizá el impacto mayor viene ofrecido por el amplio número de *educadores y educadoras* formados en la escuela de Poveda a lo largo de muchas generaciones y que en la discreta acción de su tarea cotidiana sirven a la sociedad con auténtica vocación.

Podemos afirmar que hoy la iniciativa povedana se da bajo el signo de la *mundialidad*. Y quizá sea éste uno de los aspectos que la hacen atractiva y vigente en el entrelazado actual de propuestas y de perplejidades -por qué no decirlo- que detectamos en el campo educativo.

La exigencia más profunda de la mundialidad radica en que en la presente coyuntura histórica las iniciativas e instituciones humanas están llamadas a servir a *todos los seres humanos*.

La mundialidad es a la vez un modo de *sentirse* en el mundo, un modo de *ver* el mundo y un modo de *vivir* en este mundo.

Sentirse parte de un todo. Uno puede autocomprenderse como sujeto autosuficiente, como una isla, o, al contrario, sentirse, saberse gozosamente parte de un todo, un todo humano (la familia humana universal) y un todo cósmico (el planeta tierra, el universo entero).

Al mismo tiempo, mundialidad es una *visión* del mundo: *verlo* como una comunidad de pueblos en la familia humana global.

Mundialidad es además *vivir* según el principio de responsabilidad: vivir el presente con la conciencia de ser responsables del futuro del mundo. Implica el compromiso de construir un mundo habitable y vivible para las generaciones futuras, tutelar el derecho al futuro, defendiendo al mismo tiempo los derechos del futuro en el presente.

Por todo ello, y con nuevos elementos que se irán incorporando a lo largo de ésta y otras exposiciones, bien podemos decir que la vigencia de la propuesta povedana en materia de educación participa en sus gérmenes iniciales y en su desarrollo actual de las características de la *mundialidad*, porque incluye una

antropología de la comunicación entre los humanos, una superación de la autosuficiencia, un sentido práctico de la responsabilidad de la hora presente.

Pero más allá del contenido de su propuesta, podemos extraer de ella algo que tiene gran sentido, a mi modo de ver, en un Congreso de estas características: *un modo de afrontar los grandes nudos del quehacer educativo hoy*. Las que él llamaría «cuestiones palpitantes» o más precisamente «ocuparse en el estudio de los asuntos de palpitable interés» (P. Poveda, *Alrededor de un proyecto*, 1913).

Es justo que nos interese clarificar qué significa ese *afrontar*. Igualmente cuáles son esas *cuestiones* que reclaman hoy de todo educador y pedagogo, de toda sociedad responsable, no sólo atención sino disposición a entrar en diálogo con ellas.

El *afrontar* povedano está hecho de la capacidad activa de *intuir* certeramente, de *cuestionar* sin acritud, de *proponer* con decisión.

Si es así, *afrontar* al estilo povedano supone una disposición *mental*, (a plantear cuestiones, a detectar problemáticas y a entrar en contacto); un *afrontar* que podemos llamar *tecnológico* (puesta en práctica operativa de cauces y medios); un talante *humano* marcado por la responsabilidad y la previsión, y una *incidencia política*, es decir, conciencia de su repercusión en la ciudadanía. Sin duda todo ello encierra una disposición *a actuar*. «Poveda es un pedagogo ilustre, no de los que estudian y definen, sino de los que crean, de los que fundan, de los que edifican», se dijo de él («Claridades», 8 febrero 1917).

¿Cómo *afrontar*, pues, con talante povedano algunos nudos centrales de la actual realidad educativa?

La serie de artículos recogidos en la obra *Alrededor de un proyecto* (1913), da buena cuenta de esta manera de situarse ante la problemática del momento:

«Al problema pedagógico no se la ha concedido, en general, la importancia que tiene». «... Como no se tomó en serio el asunto, no se estudió. Si lo hubiéramos tomado en serio, habríamos hecho cuanto hemos sabido hacer los españoles en Literatura, Teología, Filosofía y Ciencias naturales... Quizá sea una apreciación equivocada; pero a mi ver, todo nuestro atraso dimana de no haber dado verdadera importancia a estas cuestiones, y al encontrarnos en el aprieto de tratarlas sin conocerlas, haber ido desflorándolas para no hacer patente nuestra falta de preparación y de bagaje pedagógico. Si nosotros hubiéramos tomado en serio la Pedagogía... tendríamos hoy, ¡cómo no!, hombres, libros, maestros, escuelas, métodos, material científico...»

Nos deja Pedro Poveda una señal de la capacidad de mirar de frente la situación real y de «mirarla – como dirá en otra ocasión- por el lado serio», es decir por la vía del análisis profundo y la vía de la propuesta activa.

De manera indisociable conecta la concepción povedana el *proceso educativo y la transformación de la sociedad*. Así lo pone de relieve, entre otros estudios, la última tesis doctoral defendida tomando como campo de estudio el pensamiento povedano en materia de educación y publicada con el título *Pedagogía en tiempos de crisis* (Ramal, 1996). Cito textualmente:

«Lo que él vivió en Guadix se repetiría en varios momentos de su vida: mirada atenta descubriendo las posibilidades ofrecidas por la realidad; lanzamiento arriesgado de un proyecto; multiplicarse con todas las fuerzas para conseguir financiación y colaboradores para la concreción del plan; alegría y vigor en el trabajo diario sin desaliento; afrontar los obstáculos y ataques, las negativas recibidas que amenazaban limitar el alcance de sus proyectos».

Sus posteriores contactos con la inquietud del sector universitario en Oviedo durante su estancia en Asturias (1906-1913) le permitieron tocar de cerca los problemas políticos, educativos y religiosos que circulaban en el ambiente.

Pronto recibiría el mundo universitario el influjo de su acción, al tiempo que continuaría su incesante creación de Academias y Centros Pedagógicos. Desde 1914 hasta nuestros días la iniciativa povedana en el mundo universitario promovió residencias y asociaciones estudiantiles de todo tipo, auténticos espacios de formación.

Y así después, en Jaén y en Madrid, hasta entrados los años 30, mantendría vivo ese gesto de reflexión y

acción cultivado a lo largo de toda su vida. Su extensa comunicación epistolar da buena cuenta de ello.

Quizá una primera consecuencia de colocarse en ese modo povedano de afrontar la cuestión educativa nos obliga a decirnos algo de radical trascendencia:

Ha llegado la hora de devolver a la educación su lugar propio en la dinámica social. Sin duda hay que situarla en su globalidad en el capítulo de «lo emergente». A quien tenga una mínima sensibilidad, no le faltará capacidad para verlo así. Emergente en ocasiones como fruto del empeño de algunos convencidos más que como fruto de su merecido reconocimiento. Emergente por la incisividad de las cuestiones que la afectan.

Poveda nos da la ocasión de trabajar en este Congreso para que *ese lugar preferente sea concedido a la educación* o al menos ésta gane un espacio, un trecho de camino en la opinión pública y, más importante todavía, en el buen hacer de tantos educadores aquí presentes que necesitan refuerzo y apoyo decidido para seguir desempeñando la noble tarea que les ocupa. Ojalá también esta nuestra reflexión contribuya, siquiera sea en pequeña medida, a otorgar a las preocupaciones educativas y al hacer pedagógico una atención cuidadosa en las políticas educativas.

Poveda fue uno de esos convencidos, que comprendió bien el influjo determinante de la educación en la conformación de la talla humana de los pueblos, familias, espacios sociales, y las negativas consecuencias que se derivan de su ausencia o de una consideración minimizada de la misma.

«Cuando en una población abunda el agua, no se preocupa el municipio en que sea mayor o menor la cantidad de ella que se pierda; mas en siendo escasa, todo son estudios y cálculos para que no se desperdicie una sola gota, si posible fuera. Así nos sucede ahora en el problema de la enseñanza. Quizá sin pecar de hiperbólicos —continúa— podríamos asegurar que tenemos hoy cantidad suficiente de agua para producir energía; pero esta energía, que es la que necesitamos producir, no podrá desarrollarse sino encauzando muy bien la que producen todos los manantiales: esfuerzo, talento y dinero». (Alrededor de un Proyecto, 1913).

Me atrevo a decir que la principal reforma que necesitamos es *devolver a la educación el lugar central que le corresponde*.

¿Será también hoy nuestro «problema» actual un problema pedagógico?

La Institución Teresiana, que presido, junto a las acciones que viene desarrollando en esta línea, ha mirado en reflexiones recientes la educación entre las cuestiones emergentes que configuran el hoy de la sociedad. Ha querido hacerlo con la sensibilidad de su fundador. Y ha subrayado la dirección por la cual avanzar en una visión cada vez más comprometida con una auténtica comprensión de la educación y su impacto.

«Se hace necesario formar personas que sean sujetos activos y participativos; comprometidos con la justicia, la solidaridad, los derechos humanos y la paz. Sin olvidar que el proceso educativo se da en lo cotidiano y en los diferentes ámbitos de nuestra vida: el hogar, el trabajo, el ocio, la calle, el aula, los medios de comunicación social, etc.» (*Fe-culturas-justicia: Cuestiones emergentes*, 1994).

Este Congreso no obviará los grandes nudos de la temática educativa actual ni las grandes áreas de preocupación. Basta mirar el ambicioso programa que nos convoca: la cita educativa en la familia y en la escuela, la mirada a la realidad social y de marginación, el conjunto de oportunidades y riesgos en el mundo joven, la indeclinable aportación de la investigación pedagógica, el deber y el derecho de la formación de los educadores, los retos de la sociedad tecnocientífica, la cuestión de la mujer, las raíces antropológicas y teológicas que sustentan la propuesta pedagógica povedana, etc.

A modo de pórtico o mirada inicial, me interesa identificar algunas de estas *cuestiones-nudos* relevantes con los que dialogar a la manera povedana de afrontar la preocupación educativa.

Esta exposición me permite tan sólo nombrarlos, consciente de que cada uno de ellos articula dentro de sí múltiples temas y posibles reflexiones:

1. En la era de la comunicación, la devolución del rostro y la dignidad.
2. Ante los fenómenos de exclusión, pedagogías inclusivas.
3. Culturas e interculturalidad, el espacio ineludible.
4. Las escuelas que merecemos.
5. La difícil convivencia.
6. Al encuentro de los adultos en la coyuntura presente.
7. Educadores ante la cuestión metodológica y el clima educativo.

1. EN LA ERA DE LA COMUNICACIÓN, LA DEVOLUCIÓN DEL ROSTRO Y LA DIGNIDAD.

«Vuelvan los rostros», escribía Italo Mancini. Y esta afirmación aparece unida a un interrogante que sospecho muy fecundo: ¿A partir de quién queremos abrir este tercer milenio? Su respuesta nos acerca a lo que viene siendo en este tiempo la búsqueda inquieta de un nuevo paradigma pedagógico en vísperas del siglo XXI:

«El tercer milenio que deseamos es aquél unido a la "comunidad de los rostros". Ha llegado el tiempo de la proximidad, del descubrimiento del otro. Es preciso dejar de enfatizar el yo para dejar entrar la ética del rostro».

Estamos hablando de lo que ha venido llamándose un paradigma pedagógico *a partir del otro*. Educar a partir del otro es realmente el «método» de la mundialidad.

Asumir en este contexto el potencial de los medios de comunicación se convierte en una multiplicación de posibilidades, con tal que se imponga de modo constructivo esa ética del rostro que ayude a superar las amenazas de la despersonalización.

Pero este reclamo de la vuelta de los rostros en la era de la comunicación no es una ilusión romántica. Pasa por un ejercicio valiente y decidido de superación de barreras: percepciones, memorias, actitudes. Es preciso asumir los rostros de la diferencia, abandonar las percepciones negativas que conducen al miedo y al rechazo, a la intolerancia y al racismo y apropiarse una percepción positiva, que no elude la crítica profunda pero que pueda dejar surgir un encuentro nuevo, un cambio, una esperanza.

El rostro del otro, de hecho, clava la conciencia de cada uno a una opción obligada: o nuestro egoísmo o nuestra responsabilidad por la suerte del otro. Volver a partir del otro nos aleja de la amenaza del individualismo y nos va colocando en una antropología de la comunidad.

La ética del rostro —dicho de otra manera— es una expresión que reúne las actitudes de responsabilidad, acogida, proximidad, compañía, solidaridad.

Hacer «volver los rostros» es en definitiva recrear el espacio de la persona humana en su profunda dignidad. Es la aventura que hay que emprender.

En la clave povedana este pensamiento nos remite a una pedagogía de la comunicación de muy profunda perspectiva. Tan profunda como que toca *el valor cumbre: la dignidad de la persona humana*.

El tipo de personalización que incluye la propuesta povedana ha estado siempre unido a una comprensión básica de la dignidad de toda persona humana, a una conciencia de las necesidades concretas de *cada* uno, a una convicción de la trascendencia social de todo paso en este orden. El sujeto es mirado en

sí mismo y en la amplia realidad social en que ha de desenvolverse.

La persona humana es situada en el centro de la vida y por tanto de la educación. Hablamos del desarrollo de la persona en su totalidad. No limitado a lo intelectual, sino integrador de las fuerzas emocionales y sociales. Los procedimientos de personalización incluyen la experiencia de socialización que pasa por el reconocimiento del otro y de los otros. La pedagogía povedana es pedagogía de rostros y con rostro. «No forméis jóvenes egoístas», expresaba Poveda con radical convicción.

No hay duda de que este marco pide claridad con respecto a la *formación ética* que por situarse en el horizonte global de la educación, se compromete con el proyecto total de hombre o de mujer que contemple. Lo afirmaba la Dra. A. Galino en una reciente y magistral exposición (*Formar en un humanismo actual*).

En este cuadro de reconocimiento del rostro y los rostros, como expresión de dignidad humana, Poveda hizo todo lo posible para que no se desdibujara la diversidad constructiva. Sabemos que entre otras realidades elocuentes, puso especial interés en la *formación de la mujer* intuyendo la trascendencia del papel que el futuro le reservaba.

«Los destinos de la mujer culta y su influencia en la sociedad moderna son ahora mismo algo tan grande como impreciso» (1931).

Muchos años antes, en 1919, se había atrevido a decir:

«Podríamos demostrar con la historia en la mano que la influencia de la mujer en todo lo bueno, grande y noble que se llevó a cabo en el mundo fue decisiva» («Boletín de las Academias»).

Por ese y otros temas cruciales pasa el diálogo actual de la educación con las raíces profundas del ser humano. Cita a la que no faltó Poveda.

2. ANTE LOS FENÓMENOS DE EXCLUSIÓN, PEDAGOGÍAS INCLUSIVAS

El gran problema de la actual realidad educativa no es tan sólo la valoración débil del espacio social que ha de ocupar la educación en sí misma, sino el *hecho mismo de la exclusión*. Un tema que roza de modo alarmante la realidad de los derechos humanos y que nos pone ante los ojos la falta de acceso inicial posible al sistema educativo, las otras formas de no acceso que son las altas cotas de evasión y de fracaso, la situación de vulnerabilidad de la infancia, la urgencia de espacios para la población joven y sus consecuencias en la educación secundaria, y la realidad de tantos como podemos llamar adultos desvalidos.

Las cifras mundiales son conocidas y conmovedoras: 900 millones de adultos analfabetos, 130 millones de niños sin escolarizar, 100 millones de niños que abandonan la escuela.

Y no es éste el único desvalimiento. Aunque bien podemos mirar a la exclusión por la ignorancia como la más dolorosa de las exclusiones.

Los fenómenos de la exclusión repercuten en la credibilidad de toda acción educativa.

Hoy conviven desigualdades exageradamente notorias. Y cuando hay seres humanos que carecen de los bienes necesarios —y bien necesario es la educación— los demás no podemos permitirnos el derroche o la ineficacia. No incluyo aquí evidentemente el empleo de energías en la búsqueda de una educación que sepa aprovechar los grandes recursos actuales de la comunicación y la tecnología. Pero ciertamente en el coste educativo también debe haber límites mientras haya quien carece de maestro, de escuela, de acceso a la educación básica.

La educación está llamada a jugar una función determinante en la lucha contra la exclusión de todos los que se hallan marginados y una función igualmente determinante en la inserción de las minorías en la sociedad. Con tal que ella misma no se convierta en vehículo de exclusión. Evitarlo sería ya el primer paso.

Asociar la educación al *mundo del trabajo* se ha venido mostrando en diversas experiencias muy dignas de nuestro aprecio como un camino para abrir vías de inclusión.

También Pedro Poveda intuyó tempranamente que ésta podía ser una ruta a recorrer. Su *Proyecto de bases para la fundación de una escuela popular* (1912), que no llegó a cuajar, integraba ya el aprendizaje por medio del trabajo e incluso un seguimiento posterior en la inserción profesional esperada. Partía de la situación de niños y jóvenes excluidos por la delincuencia o la marginación. A la vez defendía la *inclusión* que previene.

Señalando el lugar preferente de la instrucción primaria para todos, se expresa de este modo:

«Con dejar consignada su trascendencia y añadir que es urgentísima su favorable solución, dejamos suficientemente expresada la oportunidad del asunto... Procurad por todos los medios que estén a vuestro alcance, prodigar el beneficio incomparable de la educación a todos los hombres» (Alrededor de un proyecto, 1913).

Ya en el inicio de su acción socioeducativa, se puso de manifiesto aquel objetivo irrenunciable: devolver el derecho de acceso a la escuela a aquella población marginada de las cuevas. La conciencia de esta necesidad de cara a las clases populares le acompañó siempre y esa conciencia alentó siempre también su inquietud por llegar a la escuela y por formar adecuadamente a quienes habrían de mantenerse en tal misión.

Ante la exclusión, pues, pedagogías inclusivas y políticas inclusivas. En este caso se superponen y no es malo que ello ocurra.

3. CULTURAS E INTERCULTURALIDAD, EL ESPACIO INELUDIBLE

Mucho se viene hablando de un humanismo intercultural. Y de una educación intercultural. Expertos hay que nos brindan sus descubrimientos y avances. Con esta realidad multicultural dialoga cotidianamente todo proyecto educativo y ciertamente el proyecto multifacético que Pedro Poveda lanzó en su día y cuya pervivencia se hace más y más significativa en estos tiempos.

Quizá una de las primeras preguntas que saltan a la arena educativa desde el hecho de la interculturalidad es ésta: qué significa *educar en la diferencia* como don, sin renunciar a la comunicación entre las culturas. Un equilibrio llamado a generar crecimiento humano en nuestras sociedades multiculturales.

El principio básico debe ser el respeto de todas las culturas, llamadas a su vez a vivir valores tolerantes con los demás y acogerse a las normas de una ética global. Universalidad y pluralismo están llamadas a inspirar una reformulación de las políticas culturales. Estas habrían de orientarse en buena medida a la promoción de actividades multiculturales como formas de invertir en el desarrollo humano. Desarrollo que comprende —se ha dicho— no sólo el acceso a los bienes y servicios, sino también la oportunidad de elegir un modo de vida colectivo que sea pleno, satisfactorio, valioso y valorado, en el que florezca la existencia humana en todas sus formas y en su integridad.

«Dar a las generaciones presentes y futuras los instrumentos necesarios para responder a este desafío, ampliar sus conocimientos, descubrir el mundo en su imponente diversidad y permitir a cada individuo una vida digna, sin perder su identidad, su sentido de pertenencia a su comunidad ni renegar de su patrimonio». (Nuestra diversidad creativa, 1997).

En este marco, bien podemos conceder a la educación al menos un papel, un lugar digno en la creación de puentes entre culturas.

A partir de estos supuestos podemos retomar el reto de una educación intercultural, cuyos objetivos son

amplios y van siendo diseñados con cuidado en estos años.

Se están operativizando ya estrategias educativas en favor de estos objetivos y hoy se cuenta ya con un bagaje de experiencia sistematizada muy válido.

Educar hoy incluye este talante comunicativo. Y procesos pedagógicos muy conocedores del itinerario de identificación cultural.

«El proceso de construcción de la cultura de identidad planetaria debe partir de la propia cultura de identidad que, poco a poco, irá adquiriendo nuevos contenidos con referencia a una interdependencia de carácter global. El resultado: muchas culturas de identidad planetaria que estarán en condiciones de conjugar de modo original e irreplicable, especificidad y universalidad» (Nanni, 1996).

Afrontar estas claves de nuestra realidad multicultural reclama, como nos muestran los gestos povedanos, un talante de diálogo en disposición de una recreación permanente. Poveda, el hombre dialogante, acertó a poner su propuesta educativa al filo de nuevas culturas. Y no tardó en acoger los retos que le llegaban de un continente nuevo. A partir de ese momento, en tierras chilenas, —era el año 1928— la iniciativa povedana entraba en una nueva fase de diálogo intercultural que sigue vivo hasta nuestros días.

4. LAS ESCUELAS QUE MERECEMOS

«Para curar las ciudades empecemos por las escuelas», se ha dicho.

Evidentemente no estamos en tiempos de adjudicar a la escuela la total responsabilidad del proceso de crecimiento humano, pero tampoco en tiempos de despreciar su misión específica en el concierto de las instituciones responsables.

Nuestras escuelas hablan de nosotros. Reflejan con precisión nuestras convicciones o confusiones sobre el valor de la educación y la consideración de los educadores. Cuidar la escuela es cuidar la sociedad, es cuidar el futuro.

«Gran parte del futuro de la enseñanza depende de cómo se afronten y resuelvan los problemas de la postmodernidad en nuestras escuelas y sistemas escolares modernistas» (Hargreaves, 1996).

Hay actualmente en muchas escuelas fermentos, ideas, experiencias capaces de sostener los intentos que hagan posible aceptar el desafío de la integración de etnias, pueblos y culturas, de ofrecer pedagogías de inclusión, de ser auténticos lugares de trabajo por la dignidad humana, de acogida de los rostros. Se están realizando en la práctica significativos proyectos de educación en los derechos humanos, la paz, el desarrollo, la interculturalidad, el medio ambiente, que ponen de relieve el compromiso con tales valores. Hay que apreciar este esfuerzo y colaborar a su desarrollo.

Hay también ejemplos que nos dicen que nuestra escuela no está preparada del todo para incluir *lo diverso*. Puede todavía eso diverso ser tolerado como excepción no deseada. Hay un largo camino que hacer hasta superar la sorpresa, el rechazo, la tentación discriminatoria.

El otro, el diverso, que entra en la comunidad de los iguales, deberá ser «acogido» en nuestras escuelas multiculturales no porque quede cancelada o eliminada su diversidad sino porque ésta su diferencia es percibida por todos como valor, como derecho. Puede sin duda generar conflictualidad, pero eso, como bien se ha dicho, no legitima una discriminación.

¿Qué dicen hoy a la sociedad *las escuelas inspiradas en la propuesta de Pedro Poveda*? Hablamos en esta ocasión de las escuelas en sentido amplio, incluyendo todos aquellos espacios concebidos por él cuidadosamente para la formación.

Hace unos años un grupo de educadores reflexionaba sobre esta cuestión: «Tarea y utopía en las escuelas de Poveda». Era el comienzo de esta década.

Hablar de las escuelas de Poveda —nos decíamos entonces— supone hablar de escuelas seguidoras de un estilo educativo que puede definirse con claridad. Su línea, sus métodos, su savia, participan, como a lo largo de toda su historia, de una referencia claramente identificante. Son —en palabras del mismo Poveda— «inspirados en el amor». Y visibilizan el gesto creativo que caracterizó al inspirador: *proyectar*, proponer.

La *tarea de humanización* y la *inspiración cristiana* de su quehacer educativo van fundidos en el eje clave de la inspiración de estas escuelas. Poveda lo expresa con su formulación típica: *el humanismo verdad*.

En estos términos podemos atrevernos a esperar que de éstas y de todas las escuelas puedan salir auténticas *propuestas de humanización*: la tan repetida atención a los valores humanos, el diálogo pedagógico en todas las direcciones que admite el ámbito escolar, y que es capaz de formar hombres y mujeres solidarios, la conciencia del educador que viene a ser en este marco como un «nudo de red» facilitador de mentalidades y gestos de comunión.

Una de las funciones de la escuela es para Poveda ayudar a las personas a reencontrar el sentido de las cosas virtuosas. Y el gusto por la virtud y las virtudes, diríamos evocando la obra de Haring *Proyecto de vida con sentido*:

«La virtud, una competencia moral, del más propio y alto valor y dignidad de la persona humana, de cada uno en particular y de todos, en la convivencia y en la colaboración».

La escuela es mirada también en esta mentalidad como un centro irradiador de cultura. Una escuela que se construye a partir de las necesidades del contexto histórico social en que se inserta, pero que también incide en ese contexto de manera dinámica y lo modifica.

La educación de *la conciencia social* en una perspectiva humanizadora ha de contar con el más noble desarrollo de la *interioridad*. La escuela puede ser una reserva de asombro y admiración, superadora de rutinas. Sin retrocesos hay que hacer el camino que lleve a la acción educadora a descubrir una nueva interioridad. Se trata de liberar lo humano profundo, la «otra dimensión», distinta del poder, de los enfoques economicistas, del pragmatismo, de la utilidad. Descubrir otro centro.

Cuanto más rica es la experiencia interior, más profundo es el vínculo con el otro, más profunda la preocupación por el mundo y su futuro.

Las escuelas inspiradas en el pensamiento povedano hablan del *diálogo de la fe con el desarrollo humano*, como algo que afecta al conjunto de la acción escolar, a la totalidad del programa educativo: la realidad global de la escuela misma como mensaje. Estamos tocando la clave teológica de arranque, su más definitivo principio que trasciende lo pedagógico pero que lo atraviesa también: eminentemente humanos porque abiertos a Dios, llenos de Dios. La unión de Dios con la humanidad en el Verbo encarnado. De esa inspiración queda teñida toda la realidad humana en la que incide esta manera de educar. Desde ese foco luminoso se perciben acciones y procedimientos.

La propuesta povedana nace dentro de *la experiencia cristiana* y despliega posibilidades impensables de apertura y diálogo.

«La ciencia no se opone a la fe, la fe no se opone a la razón, la investigación científica no es peligrosa para aquellos que conocen bien la doctrina de la Iglesia» (1930), son sus palabras. La articulación ciencia-fe-compromiso acompañó todos sus intentos.

Parte Poveda de una antropología atenta al sentido pleno y total de la existencia: asumir desde dentro la realidad humana para potenciarla hasta su plenitud. En la perspectiva povedana, el hombre, la mujer son mirados como seres abiertos, capaces de descubrir y recibir un don que les supera. No elude Poveda del camino educativo, siempre respetuoso y generador de libertad profunda, la andadura hacia la sabiduría espiritual, la serenidad, la comprensión cristiana del servicio y el amor probado.

Es justo que nos preguntemos: ¿Podrá la escuela hacer frente hoy al embate de los procesos deshumanizadores? ¿Podrá realmente la escuela implicarse con resultados aceptables en ese quehacer ineludible?

Podemos pensar esperanzadamente que sí. Partiendo de la hipótesis de la cual partió Pedro Poveda, será preciso optar por una línea educativa que encuentre en la escuela un espacio para la formación de la conciencia crítica, de la ciudadanía, de la ética y de la cultura. Privilegiar las relaciones humanas y la interacción «con sentido» en el mundo de las comunicaciones. Hacer que los programas garanticen el desarrollo de pensamiento y la adquisición de la cultura y del saber científico, pero que desarrollen también *la sensibilidad personal* tan importante para descubrir al ser humano en el interior de toda experiencia. Que se abran, en suma, a la realidad trascendente y acojan a la persona en su dimensión religiosa, generadora de sentido.

Humanizar la escuela es humanizar la sociedad. Así iremos haciendo más vivible el reconocimiento de cuáles son las escuelas que merecemos. Ellas, las escuelas que merecemos, como decíamos, hablarán por nosotros.

5. LA DIFÍCIL CONVIVENCIA

Hablamos de educación en un mundo que sufre la herida de la guerra. En esa encrucijada tan conscientemente afrontada por Poveda, de la conflictualidad y la tolerancia, no han faltado propuestas de interesante contenido para una educación en la «convivialidad» (si se me permite provisionalmente usar esta palabra), concepto que va más allá de la mera convivencia. Pensamos en una educación que contribuya eficientemente a la convivencia democrática. Y más aún, a reconstruir las comunidades humanas.

En el gran drama de nuestro mundo, lleno de conflictos y violencias, la llamada a *educar para la convivencia* se convierte en propuesta educativa que conduce a un serio compromiso.

Sin una educación en la convivencia y para la convivencia, fundada en los derechos humanos, la educación no tiene futuro en una sociedad compleja, multicultural y planetaria.

Toda persona diversa es también *semejante*. Y toda auténtica convivencia es más que interdependencia. Si llega a su plenitud es solidaridad y es comunión. Hay que encontrar en el diverso al *semejante*.

Convivialidad es convivencia pacífica y constructiva, es compartir los bienes de la tierra y los bienes de la cultura en el cara a cara de los comensales. Convivialidad es la no exclusión de ninguno, es *inclusividad sin imposición*, acogida, reciprocidad, capacidad de hacer espacio al otro que permanece otro.

Educar en esta experiencia es grato deber, no exento de dificultades. El desafío arranca en *la familia*, primer espacio de la convivialidad.

Hoy parece no bastar el respeto y la tolerancia. Con el otro hay que convivir, coexistir y sobre todo construir un destino común. Por eso es necesario unir a las obligadas actitudes de tolerancia y respeto, las de cooperación y de simpatía. Educar en la *simpatía* y en la *compasión* son referencias que pueden alentar y renovar la vida de muchos de nuestros proyectos educativos.

La pregunta que nos queda inevitablemente formulada como un desafío para los actuales sistemas de aprendizaje es recogida por el reciente Informe Delors: cómo aprender a vivir juntos en la aldea planetaria.

«El interrogante central de la democracia es si queremos y si podemos participar en la vida en comunidad. Quererlo depende del sentido de responsabilidad de cada uno» (Delors, 1996).

Aprender a vivir juntos, aprender a vivir con los demás. Nos encontramos ante uno de los pilares del presente educativo, que tiene resonancias povedanas de indiscutible interés. Un aprendizaje que constituye una de las principales empresas de la educación contemporánea.

Para los ambientes de convivencia que Poveda creó no había duda del estilo que con toda precisión proponía:

«... predomine siempre lo que yo más estimo y deseo que es la paz, la sinceridad, la sencillez (se refería a la vida de familia). Por nada del mundo —añade— quiero yo que desaparezca esa nota simpática que atrae a todos los que conocen nuestra vida: vida alegre, sencilla y cariñosa, llena de tierno afecto. Pero conservando esta vida, puede armonizarse con ella la seriedad y respetos convenientes». (Vida de familia, 1915).

¿Sería posible concebir una educación que permitiera aprender a solucionar los conflictos *de manera pacífica*, fomentando el conocimiento de los demás, de sus culturas y espiritualidad?

¿Sería posible además realizar *proyectos comunes* que expresaran aquella intuición de J. Maritain:

«Cuando los hombres quieran vivir juntos en una sociedad mundial será porque tendrán la voluntad de desarrollar una tarea mundial común»?

Dicho con las palabras de Brezinka:

«Unirse a ideales comunes y hacer que los jóvenes se convenzan también de la necesidad de estos vínculos»

Llegar a la convivencia constructiva, a la convivialidad de las diferencias, pide una tarea de purificación de la memoria. Por eso es comprensible que una de las rutas que se han abierto para una superación del conflicto por vías positivas ha sido la de la *memoria* y la *narración*.

Hace unos años la profesora Candau apuntó unas primeras elaboraciones acerca de la pedagogía povedana como pedagogía narrativa. Creo que queda abierta así una línea de apreciable interés para colocar el aporte povedano en una clave definida al servicio de la convivencia y otras dimensiones. Algunos elementos de este modo de hacer pedagogía por vía de la narración es el uso de categorías vivenciales desde las que se estimula la práctica educativa, de modo que ésta sea punto de partida y referencia permanente de la reflexión pedagógica. La narración tiene además el poder de revelar acciones y actitudes concretas, permaneciendo el hecho narrado abierto para el futuro. Nos permite proyectar una acción y seguir narrando.

Hoy se ha aludido a la pedagogía narrativa como camino y estrategia para lograr *niveles nuevos de convivencia*. Se trata de revitalizar la memoria para reconstruir el sentido de la identidad. La recuperación de la memoria histórica es el antídoto cultural y espiritual contra formas de prejuicio y discriminación. El recurso a la memoria histórica en la práctica educativa puede ser evocador de proyectos y esperanzas nuevos. Contar las «otras memorias», las de los otros pueblos y culturas como parte de la narración total. Aprender a tomar la palabra. Aprender a leer los textos de la humanidad. Una ocasión de innovación de la «relación educativa en sus contenidos, métodos, instrumentos y lenguajes» (Nanni, 1996).

6. AL ENCUENTRO DE LOS ADULTOS EN LA COYUNTURA PRESENTE

En una *educación para toda la vida*, concepto que esperamos vaya entrando de modo significativo en los esquemas de las políticas educativas de los países y en las instancias internacionales que han de promoverlos, se hace precisa hoy una mirada atenta a la realidad adulta, que está atravesando momentos de visible preocupación al acompañar el crecimiento juvenil.

No pensemos tan sólo en las generaciones futuras, en las que sin duda hay que pensar. Poveda nos aporta la urgencia de abordar el problema real y presente. Hagamos. Hagamos algo. El momento presente pide una acción inteligente y coordinada.

«Es el momento oportuno, es la época crítica, la ocasión precisa. ¿Mañana? No sé si dejándolo para

mañana llegaríais a tiempo. Hoy es el día; después ¡quién lo sabe!» (Alrededor de un proyecto, 1913).

¿Será que hay que dar la gran oportunidad a unas generaciones adultas que necesitan reencontrarse a sí mismas, liberarse de cierto peso, integrar ciertas experiencias y dejar pasar a los pequeños una vida más esperanzada? Algunos de nosotros no perdemos ocasión de recordar los derechos de los niños ante excesivas situaciones de atropello y abuso. Y al tiempo que lo hacemos hemos de conceder a tantos adultos que así lo viven la amorosa dedicación con que se entregan a la tarea de educar.

Pero hemos de reconocer que algo hay que reaprender en la coyuntura presente para que la comunidad de adultos no falte a sus deberes y para que a esa comunidad adulta no le falten los apoyos y las luces necesarias.

Quizá ese concepto de *educación permanente* por el que muchos han luchado durante años necesite operativizarse ya como parte integrante de nuestros sistemas educativos.

De nuevo nos veremos como educandos, de nuevo nos sabremos en la escuela de la vida, pero no hay otro remedio. No es ésta una regresión sino un avance. En una sociedad realmente educadora, vamos pasando por esa alternancia positiva que nos hace como educadores y educandos. En la medida en que vayamos encarnando los valores que deseamos transmitir, seremos capaces de educar.

Se ha dicho con acierto que hacer prevalecer el concepto de *educación durante toda la vida* es una de las llaves de acceso al siglo XXI. Conlleva —y me atrevo a reconocer en ello un valor terapéutico— una reestructuración continua de la persona humana que le permita tomar conciencia de sí misma y de su ambiente y desempeñar su función propia en la familia, en la sociedad, en los medios comunitarios donde comparte sus creencias y su trabajo.

Poveda ha creído en la irradiación personal y en el poder de identificación que tiene para el joven la madurez adulta de padres, educadores y otras personas. Irradiación y cuidado que necesitan hallar su cauce en una sociedad realmente responsable que hace suyas las visiones anticipatorias.

7. EDUCADORES ANTE LA CUESTIÓN METODOLÓGICA Y EL CLIMA EDUCATIVO

¿Quién será capaz de atreverse a educar?

El espacio del hombre y la mujer educadores, fue contemplado con preferencia por Pedro Poveda. «Dadme una vocación y yo os devolveré un método, una escuela y una pedagogía», son sus palabras.

La intervención educativa tiene en todo caso el carácter de *ayuda*, de cooperación, de propuesta. Se trata de una ayuda *discreta*: no le corresponde la omnipotencia. Pero su papel es y será decisivo en el desarrollo de los cambios actuales y previsibles.

Se hace preciso superar las tentaciones de la presunción y de la desesperación, dos extremos que nos impiden encontrar la dirección oportuna.

A la vez, ¿cómo encontrar entre los educadores, en estos momentos cruciales, personas capaces de poner en juego la dimensión transformadora y utópica del hacer educativo conociendo de cerca la situación real en la que deben desenvolverse?

Habría que hablar de una utopía *responsable*, que cuenta con la lucidez acerca de nuestro propio lugar y nuestras posibilidades como educadores y con la aceptación activa de nuestras solidaridades sociales en este momento histórico.

«Atraverse a educar» es una voz, una invitación, que llega hasta nosotros, educadores. Ciertamente es una responsabilidad compartida la nuestra. De ese —llamémosle así— «atrevimiento» han de participar todas las instancias sociales y políticas que afectan a la educación. La sociedad educadora no es una abstracción. Han de articularse sistemas y procedimientos que den vía a tal atrevimiento. Pero sepamos que la educación reclama atento cuidado, paciente dedicación, profundidad de perspectiva. Sí, no lo dudemos, la educación encierra un tesoro. Cada educador encierra un tesoro.

Vale la pena detenerse un momento ante la *cuestión metodológica*, mirada en este caso como un factor al servicio del desarrollo completo de quienes intervienen en el proceso educador.

Para Pedro Poveda la cuestión de la metodología pedagógica siempre fue relevante en el contexto de la educación. *Método y vocación* caminaban a una en su enfoque formativo. En la formación del profesorado —clave de todo el sistema— entraba claramente la preparación en las técnicas metodológicas más modernas. Y nos consta que siempre puso en contacto a los profesores con las innovaciones pedagógicas del momento.

Al exponer su pensamiento sobre la formación del profesorado, pensamiento que vería inmediatamente la luz de las realizaciones prácticas, anota esta dimensión con toda claridad:

«Nosotros, los que respetamos, consideramos y hasta admiramos al profesorado de nuestra escuela pública..., nosotros creemos que el profesorado puede y debe adquirir mayor vocación, más hábitos de enseñanza y más recursos pedagógicos; y como así lo creemos, y entendemos además, que todo ello no lo busca el maestro porque no hay dónde encontrarlo, y tenemos pruebas evidentes de la excelente voluntad del profesorado para aumentar su bagaje pedagógico, proponemos un medio que, bien realizado, sería quizá el más eficaz para remediar el mal que todos lamentamos. Entendemos aquí por Academia el establecimiento en que se instruye a los que han de consagrarse a la carrera del Magisterio, y desearíamos que tuviesen la amenidad y la alegría características de las de Atenas» (Las Academias, 1911).

Esta preocupación metodológica estuvo en Poveda siempre supeditada a la vocación. El mérito no está en la calidad de la casa o de los materiales didácticos, sino en los maestros, en su ejemplo, en el esmero, en la vocación, en el amor. «Los grandes pedagogos nunca necesitaron más que discípulos».

Pedía, con todo, Poveda superar el espontaneísmo, unir a la buena intuición la capacitación científica.

En el momento en que Pedro Poveda iba dando forma a sus inquietudes y reflexiones, comenzaba la pedagogía a ser definitivamente comprendida como ciencia. Poveda entró de lleno en este diálogo.

Propone siempre aliar *vocación y estudio, virtud y ciencia*. Sin duda es éste un eje de todo su pensar y actuar, de su propuesta formativa en todas las épocas de su vida.

«Hay que echar los cimientos para crear instituciones en favor del profesorado y establecer una verdadera solidaridad. De aquí nacerá competencia, prestigio, representación, recursos y todo lo que necesita el magisterio» (Ensayo de proyectos pedagógicos, 1912).

Los cauces ofrecidos fueron los que estaban a su alcance en aquel momento. Además de los Centros que ya se estaban promoviendo, en el mismo año 1912 aparece la revista «Enseñanza moderna. Revista quincenal ilustrada de educación social», como un espacio donde el profesorado pudiera exponer «sus ideas, desarrollar sus planes, defender sus intereses colectivos y particulares, discutir opiniones y concretar asuntos pedagógicos».

Es imposible desligar esta preocupación por la seriedad del método de sus profundas convicciones en relación al *clima educativo*. Para comprenderlo hay que asomarse a una categoría de particular significación en la perspectiva povedana: la *expansión*. Creo que la vigencia de este enfoque, aplicable a distintas dimensiones del proceso educativo, podría adquirir un significado de gran relevancia actual desde la lectura en clave social que propongo.

Expansión implica, es verdad, alegría, creatividad, trabajo. Educar-se —decimos— es expansionar-se: promover y orientar el desarrollo pleno y armónico de todas las facultades del educando. Incluso reconocemos que con esta importante dimensión de la educación se relaciona la concepción del currículo, su

capacidad de adaptarse a las necesidades de cada alumno y cada grupo de alumnos.

Pero podemos dar un paso más. Teniendo en cuenta que clima educativo y clima social se reclaman, podemos mirar esta categoría de la *expansión* como aglutinante de varias perspectivas: la perspectiva del *otro*, como movimiento de salida de sí (volvemos al paradigma inicial); las condiciones *ambientales* que hacen posible la aceptación desde la que uno puede expandirse (contrario a la constricción limitativa); la cualidad de la *relación educativa* y de las demás relaciones (dinámica de reciprocidad); el despliegue de las capacidades creativas (cauce de acogida positiva de la diversidad) etc.

Me atrevo a afirmar que esta categoría antropológica y pedagógica tan povedana de la *expansión* abre un camino de gran interés y es muy susceptible de ser desarrollada también en el marco de la mundialidad.

A esta luz se pueden resituar, otorgándoles el protagonismo que merecen, los métodos y procedimientos basados en la escucha, el diálogo, la búsqueda común, las metodologías activas, las técnicas de animación, etc.

«Nada de opresión, de miedo, de excesivos rigores, pero nada tampoco de desórdenes, de ruido, estrépito y dispersión». Refleja Poveda en estas palabras la íntima correspondencia de la capacidad expansiva y su encuadre ambiental con la armonía que nace del orden interior.

ALGUNAS PERSPECTIVAS DE FUTURO A MODO DE CONCLUSIÓN

De este recorrido a través del talante povedano ante las cuestiones candentes del momento, habríamos de extraer algunas convicciones, reafirmaciones y sugerencias de cara al futuro, que este Congreso tendrá tiempo de profundizar.

A la luz de cuanto se ha dicho, me atrevo a hacer una última invitación o formular un triple deseo, siempre en el marco de este tiempo de tantas redefiniciones:

1º Que la mirada y el trabajo en orden a dar cuerpo a nuevos paradigmas educativos acogedores de la dignidad humana incluyan explícitamente una re-valorización positiva del *espacio que la educación* misma y sus agentes más directos han de ocupar en el concierto de la construcción humana de nuestra sociedad, en los bien llamados por Juan Pablo II «nuevos areópagos de la cultura».

2º Que las múltiples urgencias no nos impidan la *lucidez* de la pequeña pero certera respuesta.

Todo eran urgencias en las primeras décadas del siglo XX. Pero para Poveda una tarea primara sobre todas. En medio de las crisis de las estructuras y de los valores, enseñar a los hombres y mujeres la manera de vivir en la plena responsabilidad de serlo, y de enseñarlo a vivir a los demás, es decir, reconducir a la persona humana y su dignidad a su propio centro.

¿Quién no tiene la sensación de que todo son urgencias al asomar el siglo XXI? ¿Sabremos nosotros tener la *lucidez de elegir la tarea* que primará sobre todas? ¿Estaremos en condiciones de optar por una educación que devuelva al ser humano su auténtico rostro y a la sociedad actual la capacidad de convivir?

3º La situación presente nos exige ir más allá. ¿Nos atreveremos a educar? Hay un talante propositivo unido a la tarea de humanización y nos es preciso dar con él con la colaboración de todos.

Esta fuerza proyectada hacia el futuro necesita símbolos que expresen proyectos y dejen ver su capacidad innovadora. Nunca llegarán a hacerse presentes tal y como fueron vislumbrados. Pero habrían servido para abrir *alternativas nuevas*, para discernir en la acción los caminos de una nueva forma de vivir y de hacer sociedad. Importan no sólo los grandes proyectos innovadores sino cada uno de aquellos pequeños intentos de renovación y de circulación de savia nueva que rompe rutinas y conformismos paralizantes.

Concluimos. *Pedro Poveda educador: Una propuesta vigente en estos tiempos de cambio.* Y además de

vigente, desafiante por su contenido mismo y por su modo de afrontar, de entrar en diálogo con las grandes cuestiones del momento. Sea este Congreso Pedagógico un gesto que ponga en evidencia, con la peculiaridad de nuestro hoy, el atractivo y la viabilidad de la iniciativa povedana.

Muchas gracias.

Madrid, 10-13 julio 1997

Referencias bibliográficas

- AGUADO, A.: *Tarea y utopía en las escuelas de Poveda*. Intervención en las IV Jornadas de Centros educativos, Burgos, 1-7-1991.
- ALBURQUERQUE, F. y otros: *Hacer futuro en las aulas. Educación, solidaridad y desarrollo* Intermón, Barcelona, 1995.
- BARTOLOMÉ, M.: « *Una propuesta educativa en la realidad mundial*, Documentos IEPS, Monografía nº 14. Madrid, 1993.
- BREZINKA, W.: *La educación en una sociedad en crisis*. Narcea, Madrid, 1990.
- CANAU, V. M.: «Los sueños pedagógicos de Pedro Poveda» en *La radicalidad de una utopía. Pedro Poveda desde América*. Cuadernos Nuevamérica. Fundación Nuevamérica, Buenos Aires, 1994.
- CENTRE FOR EDUCATIONAL RESEARCH AND INNOVATION: *Education at Glance. OECD Indicators* OECD, París, 1993.
- CUSTODIO, L.: «The Emerging Challenges to the Church in Asia and their Implications to Christian Education» en *Colloquium on Education*, Bangkok, January 28, 1992.
- DELORS, J.: *La educación encierra un tesoro*. Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la educación para el siglo XXI, presidida por J. Delors. Santillana / UNESCO Madrid, 1996.
- DÍEZ HOCHLEITNER, R.: *Aprender para el futuro*, «El País», 24-11-1992.
- ESCUADERO, J.M.: *Tecnología e innovación educativa*, «Bordón» 47 (2), 1995.
- FLECHA, C.: *Las primeras universitarias en España*. Narcea, Madrid, 1996.
- GALINO, A.: *Poveda educador, una inclinación inicial*. «Crítica», Sept-Oct. 1993.
- *Formar en un humanismo actual*. Intervención en la XI Semana Monográfica de la Fundación Santillana. Madrid, 15-11-1996.
- GALINO, A. y ESCRIBANO, A.: *La educación intercultural en el enfoque y desarrollo del currículum*. Narcea, Madrid, 1990.
- GÓMEZ MOLLEDA, D.: *Pedro Poveda, educador de educadores*. Narcea, Madrid, 1993.
- HÄRING, B.: *Proyecto de una vida lograda*. P.P.C., Madrid, 1996.
- HARGREAVES, A.: *Profesorado, cultura y postmodernidad. Cambian los tiempos, cambia el profesorado*. Morata, Madrid, 1996.

INFORME DE LA COMISIÓN MUNDIAL DE CULTURA Y DESARROLLO.

(Presidida por J. Pérez de Cuéllar): *Nuestra diversidad creativa*,

UNESCO, Fundación Santa Maria, S. M., Madrid, 1997.

JACKSON, O. R.: *Dignity and Solidarity. An Introduction to Peace and Justice Education*. Loyola University Press, Chicago, 1992.

NANNI, A.: *Educare alla convivialità: Un progetto formativo per l'uomo planetario*. Ed. Missionaria Italiana, Bologna, 1996.

PÉREZ SERRANO, G.: *La educación en el horizonte del siglo XXI* «Bordón», 46, (4), 1994

POVEDA, P.: *Alrededor de un proyecto*. Linares 1913.

_ *Ensayo de proyectos pedagógicos*. Gijón, 1911.

_ *Las Academias*. Sevilla, 1911.

RAMAL, A. C.: *Pedagogia em tempos de crise. O pensamento de Pedro Poveda*. Loyola, Sao Paulo, 1996.

RAVITCH, D.: *The Schools we deserve. Reflections on the Educational Crises of Our Time*. Basic Books Inc., New York, 1985.

TEJEDOR, F. I. y GARCÍA VALCÁRCEL, A.: *Perspectivas de las nuevas tecnologías en la educación*. Narcea, Madrid, 1996.

UNESCO, INFORME MUNDIAL SOBRE LA EDUCACIÓN. Santillana, Madrid, 1995

VIDAL, M.: *La estimativa moral. Propuestas para la educación ética*. PPC, Madrid, 1996.

WANG, M. G.: *Atención a la diversidad del alumnado*. Narcea, Madrid, 1996.

ARÁNZAZU AGUADO ARRESE. *Pedro Poveda educador: Vigencia de una propuesta para tiempos de cambios*. En *Atreverse a educar*. Congreso de Pedagogía, Pedro Poveda educador. Vol. 2. Edit. Narcea. Madrid, 10-13 julio 1997, pp. 25-47.